

Mujeres y médicas: semblanza de las primeras estudiantes de medicina en la Universidad Nacional de Colombia durante inicios y mediados del siglo xx.

Zulma Consuelo Urrego-Mendoza ¹

Introducción: las primeras

La primera mujer registrada formalmente en Colombia como practicante de la medicina fue Doña Juana Bartola de Mier Vargas Gutiérrez de la Rozuela, natural de Mompox, hija Juan Bautista de Mier y Latorre, procedente de la Casa de Mier de Asturias; además de ser un gran terrateniente regional, este hombre se desempeñaba en América como Juez, Oficial del Rey, y Tesorero de Mompox (Martínez-Martín, 2008).

Pese a no haber asistido a ninguna universidad, Doña Juan Bartola de Mier fue aparentemente formada por los frailes médicos del Hospital San Juan de Dios en su ciudad natal. Posteriormente fue nombrada primera Protomédica de América por el Virrey Sebastián de Eslava. Ejerció su profesión en el litoral atlántico colombiano durante la segunda mitad del siglo XVIII, según algunos documentos entre 1761 y 1767, y se destacó por su diestro uso de la herbolaria, incorporando en su práctica, de estilo europeo, saberes locales de los

¹ Médica Psiquiatra, doctora en Salud Pública, Profesora Asociada, Facultad de Medicina, Departamento de Salud Pública. Universidad Nacional de Colombia. Este documento de trabajo es la base de un capítulo del libro de investigación sobre Historia de la Facultad de Medicina de dicha institución, actualmente en proceso de edición por la Unidad de Publicaciones de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Colombia – Sede Bogotá, en el marco de la celebración del Sesquicentenario de la fundación de la Universidad Nacional de Colombia. 20/08/2017

indígenas Chimilas sobre ese tópico (Gómez-González & Villavicencio-Sacoto, 2010; Martínez-Martín, 2008).

Posteriormente, otras tres mujeres ejercieron la medicina en Colombia entre finales del siglo XIX y principios del XX, dos colombianas y una extranjera, quienes habiendo obtenido sus grados en universidades europeas se radicaron de modo temporal o permanente en nuestro país para ejercer su profesión, no sin enfrentar dificultades para ser aceptadas socialmente como médicas, dado su sexo. Se trató de las doctoras Ana Galvis Hotz, graduada en la Universidad de Berna, Suiza en 1877; Sara Páez de Moncó, graduada como médica homeópata en el *Hering Medical College* de Chicago, hacia 1910; y Lidia Grutzendler, de origen ucraniano, graduada en la Universidad de París en 1915 (Cohen, 2001).

Más adelante, la Universidad de Cartagena fue quien otorgó en 1925 el primer grado en medicina a una mujer dentro del territorio colombiano. Se trató de la ciudadana extranjera Paulina Beregoff, hija de un petrolero, quien viniera a ser además la primera mujer universitaria del país y primera profesora de una Facultad de Medicina en Colombia, dentro de su propia Alma Mater (Asociación de Profesores de la Universidad Nacional de Colombia, 2003; Piñeres, 2002).

Pese a estos antecedentes tempranos, en la Universidad Nacional de Colombia fue necesario esperar hasta el año 1945 para que otra mujer, Inés Ochoa, pudiese lograr allí el grado de “Doctor en Medicina y Cirugía”. No fue sin embargo la primera que lo intentó; otras varias sucumbieron en su propósito antes de graduarse, en especial debido al poco apoyo otorgado

en la época a las mujeres que decidían entregar su vida al ejercicio de la profesión médica. Son esas primeras mujeres estudiantes de la medicina en nuestra universidad, con sus vicisitudes, las protagonistas centrales de este texto.

Apuntes sobre la educación de las mujeres colombianas a principios del siglo xx

En 1923 el Partido Liberal intentó organizar el bachillerato femenino e ingreso de mujeres a la universidad en Colombia, pero fracasó ante fuerte oposición del Partido Conservador. Sobre esta base, y en el marco de la hegemonía conservadora, se organizó una intensa movilización social femenina en Colombia por acceso de las mujeres a derechos civiles y educación suficiente para entrar a la universidad. Hasta ese momento la educación primaria era el máximo habitual alcanzado por las colombianas, y como resultado de la educación secundaria que solo unas pocas lograban a través de los llamados “Colegios Mayores”, se impartían diplomas en artes y oficios o de institutrices de instrucción primaria que no habilitaban para el ingreso a la universidad (Cohen, 1971; 2001; Velásquez & Reyes, 1995).

Se obtuvieron resultados parciales, pues se logró movilizar a favor de estas causas femeninas a una amplia mayoría de la opinión pública, pero no a las capas políticas dominantes, a pesar de casi veinte años continuos de marchas de mujeres, memoriales dirigidos a las autoridades con cientos de mujeres firmantes, cartas, artículos y entrevistas a favor del asunto publicadas en revistas y periódicos de y para mujeres, tomas masivas por mujeres al Senado de la República, coordinación con instituciones feministas internacionales tales como la Liga de

Mujeres Hispanoamericanas para hacer presión al gobierno desde el extranjero, paros de mujeres estudiantes y sus maestras, organización autodidacta de grupos de estudio para mujeres en las principales ciudades del país, entre otras formas de acción social colectiva empleadas buscando obtener acceso femenino a las carreras universitarias en el país (Cohen, 2001; González, 1995; Velásquez & Reyes, 1995).

La voz de algunas de las primeras mujeres pioneras del ejercicio profesional médico en el país se hizo sentir públicamente en torno al tema de la educación secundaria y el ingreso de las mujeres en la universidad colombiana, tal como lo evidencian unas líneas tomadas de una entrevista concedida por la Dra. Lidia Grutzendler a la revista femenina *Hogar*, la cual sirvió como activa tribuna feminista en pro del acceso de las mujeres colombianas al bachillerato y la educación superior: “Es verdad que el medio no está preparado, pero son las mismas mujeres quienes deben prepararlo, porque hay que saber que los hombres no nos darán nunca nuestros derechos si nosotras no vamos a tomarlos” (Lidia Grutzendler, citada por: Cohen, 2001, p. 25).

Finalmente, y como resultado de todo lo anterior, para 1928 el gobierno se pronunció aparentemente a favor de la educación femenina, expresando que no había ninguna ley en Colombia que impidiera el ingreso de la mujer a las universidades. Sin embargo, no implementó reformas en la educación secundaria que permitieran a las mujeres graduarse como bachilleres, requisito indispensable para el ingreso universitario. El gobierno tampoco admitió en los claustros a aquellas mujeres que, cumpliendo con el requisito del bachillerato a través de estudios en otros países o mediante esfuerzos realizados con instructores privados,

e inclusive a través de estrategias de resistencia colectiva amparadas por sus padres, tales como asistir en pequeños grupos a los escasos colegios de bachillerato masculino que las admitieron, sometiéndose a la presión y burla permanente de sus condiscípulos y de la sociedad en general, presentaran alguna certificación (Cohen, 1971, 2001; Urrego-Mendoza, 2004).

Con la llegada al poder del Partido Liberal en 1930, se impulsó nuevamente la educación secundaria y superior femenina en el país. El decreto 227 de 1933 hizo extensiva la reforma de la enseñanza primaria y secundaria a las instituciones de educación femenina. El 10 de diciembre del año 1934 se presentó al Congreso de la República un proyecto de ley para permitir el ingreso de las mujeres a la universidad en igualdad de condiciones que los hombres, el cual fue aprobado luego de grandes controversias, contando con una decidida defensa por parte de Jorge Eliecer Gaitán y fuerte oposición desde Germán Arciniegas. La reforma de la Universidad Nacional de Colombia promovida por Enrique Olaya Herrera facilitó el camino para el ingreso de las mujeres a dicho claustro (Cohen, 2001; Ramírez, 2004; Velásquez & Reyes, 1995).

En el contexto de ese ambiente liberal propiciado por el gobierno de Alfonso López Pumarejo, iniciando 1935 se matriculó la señorita Gerda Westendorp Restrepo, como primera mujer colombiana estudiante en la Universidad Nacional (UN), y primera mujer admitida en su Facultad de Medicina; no obstante, abandonó los estudios luego de aprobar satisfactoriamente el primer año del pensum (Cohen, 1971, 2001; Ramírez, 2004).

Luego, en 1936 se dio una reforma constitucional que les otorgó a las mujeres garantías para poder entrar a la Universidad, y Gabriela Peláez ingresó a la Facultad de Derecho, convirtiéndose en la primera abogada graduada allí. Entre 1936 y 1937 lo habitual en la Universidad fue recibir mujeres estudiantes para las carreras de bellas artes, farmacia, enfermería, arquitectura y odontología, consideradas de “naturaleza femenina”. Hasta que en 1939 entró a la carrera de medicina Inés Ochoa, primera médica graduada de la UN (Cohen, 1971, 2001; Ramírez, 2004).

El ingreso de la mujer colombiana a la profesión médica: entre la tradición y la emancipación.

A Paulina Gómez Vega le cabe el reconocimiento de haber sido la primera mujer que se postuló formalmente para ingresar como estudiante a la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Colombia, justamente en 1928, impulsada por el pronunciamiento favorable sobre la educación universitaria femenina divulgado por el gobierno de entonces, como reseñado atrás.

Paulina Gómez era una institutora graduada, Licenciada del *Washington State College* en Lenguas Extranjeras en el año 1923 y Licenciada en Ciencias de la misma institución en 1926; había sido la primera y única becaria colombiana de la Fundación Rockefeller durante la década de los 20, cursando estudios como Técnica de Laboratorio y Bacteriología en Johns Hopkins (1926 - 1927), a partir de lo cual decidió que deseaba estudiar medicina y doctorarse en Salud Pública (Cohen, 2001).

Pese a que cumplía con todos los requisitos académicos exigidos para su admisión como estudiante regular de la Facultad de Medicina en la Universidad Nacional de Colombia, el entonces secretario de la Facultad, José del Carmen Acosta, solamente le autorizó asistir a clases como oyente, dado su sexo. Ante lo anterior, Paulina acudió al Ministro de Instrucción y Salubridad Públicas pidiendo protección para lo que ella consideraba su derecho, ante lo cual el Dr. José Vicente Huertas, médico, profesor de la Facultad y ministro del ramo en la época, rechazó oficialmente su solicitud de ingreso regular, sin explicar las razones. Paulina intentó entonces una nueva beca en Estados Unidos para adelantar ahora estudios de medicina, pero fue rechazada con el argumento de su participación en actividades feministas a favor de la educación de la mujer. Debió entonces dedicarse a la educación femenina en el nivel secundario (Cohen, 2001).

Años después, la primera admitida como estudiante de medicina en la UN fue Gerda Westendorp Restrepo, nacida en Bogotá en 1916, quien era hija de Isabel Restrepo Gaviria en su primer matrimonio con un ciudadano alemán. Junto a sus padres, Gerda recibió educación primaria y secundaria en Europa, y de regreso al país, se graduó en el Colegio Alemán. Una vez viuda, la madre de Gerda contrajo matrimonio con el doctor Calixto Torres Umaña, unión de la cual nacieron otros hijos, el menor de los cuales fue Camilo Torres Restrepo, cura fundador de la Escuela de Sociología de la Universidad (Pradilla, 2017).

Para el momento de postulación y aceptación de Gerda Westendorp Restrepo como estudiante de medicina en la UN, en 1935, el doctor Calixto Torres Umaña se desempeñaba

como decano de la Facultad de Medicina (Asociación de Profesores de la Universidad Nacional de Colombia, 2003; Martínez-Martín, 2016). Gerda entró becada a la Universidad Nacional, “[S]e presentó junto con cientos de hombres y ella tuvo el mejor puntaje, así que no tuvieron otra opción que dejarla entrar” (Pradilla, 2017, p. 3).

Respecto a su primer día de clases, probablemente el 1 de febrero de 1935, la señorita Westendorp relató que los muchachos que serían sus compañeros de estudio le “hicieron calle de honor” durante su caminata de ingreso a la Facultad, porque “habían apostado entre ellos a que no sería capaz de entrar”; años después, Gerda comentó respecto a esta experiencia que sintió vergüenza, hasta que pensó que “todos esos jóvenes eran iguales” a ella (Asociación de Profesores de la Universidad Nacional de Colombia, 2003). Lo experimentado por la joven Gerda en ese día fue documentado en una entrevista que se le realizó y fue publicada por el diario *El Tiempo* en 1985, el cual fue reseñado así por la Asociación de Profesores de la Universidad Nacional de Colombia:

El camino me pareció eterno. Yo caminaba seria y callada. Había un silencio absoluto. Cuando llegué a la planta de estudios, en el segundo piso, me recosté contra la baranda y todos me miraban como si fuera un animal raro. Éramos 300 y yo... pasado un buen rato, el más lanzado de todos...dijo: “señorita, ¿es verdad que usted va a estudiar con nosotros?... En el momento en que sonó el timbre salieron todos a coger puesto en el salón. Pero como toda una señorita, no pensé que fuera adecuado el atropello, así que llegué de última por lo que me tocó otra vez un eterno desfile entre miradas y suspiros aterrados, hasta la banca de atrás. Cuando llegó el primer profesor a clase de fisiología –parece que era el doctor Aguilera

Camacho- les llamó la atención a todos y dijo: “Tengo entendido que por primera vez hay entre nosotros una señorita”. Entonces se acercó hasta su lugar y, acto seguido, hizo levantar a uno de los jóvenes de la primera fila de su sitio. “De aquí en adelante este puesto será respetado y de preferencia para la dama”. Y comenzó la clase (Asociación de Profesores de la Universidad Nacional de Colombia, 2003: 5).

Durante su estancia en la carrera de medicina, Gerda en general se sintió “admirada y respetada”; aunque una de sus nietas relató alguna vez que “solo un profesor desconfiaba de sus capacidades y se paraba a su lado en los exámenes convencido de que tendría que copiarse de los hombres a su alrededor”. No obstante, su buen rendimiento académico, se retiró de la carrera de medicina luego de haber terminado satisfactoriamente el primer año de estudios, para contraer matrimonio con Alfonso Núñez Arango “con el compromiso de que pronto volvería a la Universidad”, lo cual no se concretó en el corto plazo, entre otras cosas porque “la mentalidad progresista de ella chocaba con el carácter tradicional y machista de él” (Pradilla, 2017). Al respecto, la para entonces profesora Gerda recordaba durante una entrevista concedida en 1991 al sociólogo Fernando Cubides:

Aclaro, que entré, fui la primera mujer colombiana, que entró a una universidad colombiana a estudiar Medicina, precisamente a la Universidad Nacional, pero no terminé. No estuve sino un año. Entré, hice el primer año, aprobé todos los exámenes, y demostré que la mujer es perfectamente capaz de igualarse al hombre en estudios y en todo. Yo me siento muy orgullosa cuando veo a la mujer ocupando puestos altísimos en todos los sectores (Cubides, 2010:10).

Aunque nunca regresó a la medicina, si obtuvo en 1955 título de Licenciada en Filología e Idiomas por la Universidad Pedagógica Femenina de Colombia, y entró a trabajar como

docente de alemán a la Universidad Nacional de Colombia en 1956; murió en julio de 1996 (Asociación de Profesores de la Universidad Nacional de Colombia, 2003; Cubides, 2010).

Solo hasta 1939 ingresó como estudiante de medicina en la facultad de nuestra universidad la primera mujer que logró graduarse en ella. Se trató de Inés Ochoa Pérez, alumna directa de Paulina Gómez Vega en el Bachillerato del recientemente fundado Colegio Departamental Femenino de La Merced de Bogotá; obtuvo su grado de “Doctor en Medicina” de la UN en 1945, no sin haber tenido que soportar durante su permanencia en la facultad hostilidades y discriminación desde buena parte de sus 59 compañeros de semestre varones, y por parte de algunos profesores (Cohen, 2001; Erazo, 2016).

Su maestra, Paulina Gómez Vega jugó un papel decisivo en la formación médica de Inés Ochoa, no solo por haber sido su inspiradora, sino porque la familia de Inés decidió no volver a hablarle durante un año como protesta ante su ingreso a la Facultad de Medicina, convirtiéndose la maestra en única aliada y apoyo permanente durante tal iniciativa (Cohen, 2001).

La graduación de Inés vino a darse en el marco del ingreso de muchas otras mujeres a diversas carreras universitarias a lo largo de todo el país. Estas mujeres lograron ingresar en las universidades como resultado de una larga lucha femenina, que, en el caso específico de Colombia, se remontó a casi dos décadas antes del momento en que sucedió el primer grado como médica de una mujer que hubiese adelantado sus estudios en el país (González, 1995).

Entre 1935 y 1954 recibieron grado en profesiones liberales (odontología, medicina, derecho y farmacia) 222 mujeres dentro del territorio colombiano. De éstas, las 32 (14%) que consiguieron grado de médicas lo hicieron en universidades oficiales. En general, se trataba de mujeres que provenían de las clases medias, en concordancia con lo que venía ocurriendo en Europa; sus padres solían ser profesionales liberales o profesores, y sus madres mujeres con educación primaria o formación como profesoras. En la Universidad Nacional de Colombia, durante el período 1945 y 1950 alrededor de diez mujeres consiguieron graduarse como “Doctor en Medicina y Cirugía”. Entre ellas, las doctoras Cecilia Cardinal de Martín, Graciela Hurtado y Georgina Ballesteros de Gaitán, cuyos testimonios nos servirán para ilustrar el tránsito, no solo suyo, sino de todas las compañeras estudiantes de medicina por la misma época en nuestra universidad (Cohen, 1971, 2001; Duby & Perrot-Eds., 1993; González, 1995).

La Dra. Cecilia Cardinal Orjuela de Martín, Médica Ginecóloga y Educadora Sexual, fue la décima mujer en alcanzar el grado de médica en la Universidad Nacional de Colombia, terminando estudios en 1948. Cuenta que inicialmente pensó en estudiar literatura y artes, aunque el ejercicio profesional de su padre como quiropráctico graduado en Norteamérica, finalmente influenció su elección profesional (Galvis, 1996; Guerrero, 1996): “Siempre me he preguntado por qué estudié medicina. Una niña bien estudiaba arte y decoración, pero a mi francamente no me interesaba. Tal vez mi padre y los médicos de la familia se convirtieron en una imagen positiva de la medicina...” (Guerrero, 1996, p. 250)

En cuanto a su proceso de recepción como estudiantes de medicina en un medio social y universitario marcadamente patriarcal, las médicas en cuestión relataron sus experiencias así (Cohen, 2001; Galvis, 1996):

Había un estribillo que los estudiantes varones solían decirnos a las estudiantes mujeres: contaban que una vez habían traído una procesión de la Virgen y la habían entrado por la Universidad Nacional, y que esa era la única virgen que hasta la fecha había entrado en esa Universidad (Graciela Hurtado, citada por Cohen 2002: 223).

Los profesores fueron absolutamente horribles. Del primer día, me acuerdo de uno llamando lista. Cuando llegó a Cardinal, Cecilia hizo una cara de espanto y dijo: ¡una mujer!, ¿usted quién es? Yo le contesté: Pues, Cardinal, Cecilia y él exclamó: Usted lo que es, es un aborto de la naturaleza porque una mujer que entra a una facultad de medicina no es mujer ni es nada. Yo le juro que mientras yo sea profesor en esta universidad, usted no se va a graduar. Casi lo cumple. Me exigía tres veces más de lo que le exigía al resto de los alumnos. Otros profesores eran todo lo contrario. Lo consentían a uno tanto que terminaban tratándolo como si fuera retrasado mental. Me hacían preguntas estúpidas como, por ejemplo: ¿De qué lado queda el corazón, señorita?; cuando contestaba del lado izquierdo, el profesor, entonces se deshacía en elogios: Muy bien, muy bien, señorita, tiene usted cinco. Pocos fueron los profesores objetivos que tuvieron una conducta neutral (Cecilia Cardinal citada por Galvis, 1996: 110).

Decían que en la universidad las mujeres se podían dividir entre las bonitas, las feas, las requetefeas y las estudiantes de medicina (Graciela Hurtado-citada por Cohen 2002: 223)

Recuerdo que una vez un joven me dejó plantada en una fiesta cuando supo que yo era estudiante de medicina (...) se suponía que una joven decente debía evitar el estudio de las profesiones médicas para mantener su pureza (Cecilia Cardinal citada por Cohen 2002: 225).

En sus frases, ellas reflejan un aspecto que es constante en los relatos de las primeras médicas colombianas sobre su tránsito por la universidad, esto es, que su adaptación efectiva al ambiente universitario pudo ser posible “utilizando la feminidad como arma” a través de su afianzamiento en los “valores tradicionales” de la mujer de la época: mostrarse “flexibles y expresivas” en su trato cotidiano con los varones; mantener el control ante la agresión; equilibrar amenazas con distancia y humor. A estos, ellas reconocen haber agregado otros “nuevos valores femeninos” que las distinguían de sus congéneres de época no universitarias: la capacidad de desarrollar relaciones de compañerismo con varones; y la “franqueza” en el hablar. No obstante, la trasgresión al rol tradicional femenino era penalizada en la Universidad y la sociedad en general, poniendo en duda constantemente la valía como mujeres de las estudiantes de medicina, en el marco de los parámetros de la época; ello se denota en la mayor parte de las experiencias citadas por las médicas Cardinal y Hurtado en párrafos anteriores (Cohen, 2001; Galvis, 1996; Urrego-Mendoza, 2004).

Esto puede ser explicado en palabras pronunciadas por la misma doctora Cardinal en uno de sus escritos: “dentro de una sociedad patriarcal, la medicina es una ciencia patriarcal” y ante los retos impuestos a ese *statu quo*, “la respuesta es por lo tanto patriarcal” (Cardinal, 1986: 172).

En cuanto a los contenidos académicos, en la Facultad de Medicina, la condición de mujeres les imponía desventajas para poder acceder integralmente a estos, por ejemplo, ellas no podían asistir a las clases de anatomía donde se estudiaban genitales masculinos:

Por delicadeza, no por reglamento, las mujeres no habían estado en las clases sobre aparato genital masculino; yo era casada y consideré que en mi condición no había motivo para que no asistiera (...) cuando entré, hubo cuchicheos por diez minutos en la clase, el profesor manifestó preocupación, pero después de la reacción inicial prosiguió la lección (Georgina Ballesteros de Gaitán citada por Cohen, 2001: 227).

Georgina Ballesteros de Gaitán, cuñada de Jorge Eliecer Gaitán, fue también la primera mujer casada y con hijos que estudió medicina en la Universidad Nacional de aquellos tiempos; se graduó como médica en 1950 con una tesis titulada “La Osteomielitis de los niños, su tratamiento y estudio estadístico” (Faillace, 2013; Velásquez, Chaparro, Laverde, Arizabaleta, & Aguilera, 1997).

En su mayoría, las mujeres de entonces que optaban por la medicina como profesión solían retirarse de la carrera para casarse, o posponer su vida conyugal hasta el logro de su graduación. Tal fue el caso de Cecilia Cardinal, graduada como médica en 1948, quien contrajo matrimonio con un médico español en 1953. Ambos ejercieron en Colombia y tuvieron dos hijas, una de las cuales también es médica y actualmente profesora pensionada de nuestra Facultad de Medicina, la psiquiatra Elena Cardinal de Martín (Galvis, 1996). Respecto a su doble ejercicio de madre y médica, la doctora Cecilia Cardinal refirió: “No era fácil combinar mi papel de madre con el de médica (...) pude hacerlo gracias a mi marido, que me colaboró (...) Inicialmente no fue fácil, pero en dos o tres años comprendió que las cosas eran así (...) Yo no hubiera podido permanecer casada si no hubiera podido ser yo” (Cecilia Cardinal citada por Guerrero, 1996: 252).

Transitando de lo privado a lo público a través del ejercicio profesional.

La profesionalización de las mujeres que se adentraban en el ejercicio de la medicina ocupó un lugar privilegiado para transitar desde el dominio de lo privado, ámbito de lo femenino en la época, hacia a lo público, ámbito masculino por excelencia. No obstante, las elecciones profesionales de estas primeras médicas graduadas en la Universidad Nacional de Colombia las llevaron a ubicarse en campos especializados relacionados con la Ginecología, la Obstetricia, y la Pediatría, o a realizar entrenamientos posgraduales en Medicina General. Estas áreas permitían el ejercicio en el hogar, a través de práctica privada, y se correspondían adecuadamente con las expectativas tradicionales sobre la función natural de la mujer en la sociedad. Sin embargo, varias de ellas también incursionaron exitosamente en el terreno de la salud pública, acotadas en los mismos campos del saber sanitario que eran entendidos entonces como “predominantemente femeninos” (Cohen, 2001; Urrego-Mendoza, 2004).

Además de ser la primera mujer médica graduada en la Universidad Nacional de Colombia, Inés Ochoa vino a ser también la primera mujer en desempeñar un cargo en la Salud Pública del país, ya que inmediatamente después de su grado en 1945, fue nombrada por el Ministerio de Salud Pública como Directora del Departamento de Atención Materno – Infantil en Girardot, Cundinamarca. Durante 15 años efectuó coordinación interinstitucional e intersectorial para organizar y mantener programas de atención en salud y nutrición para

madres gestantes, lactantes y niños. Simultáneamente realizó práctica privada (Cohen, 2001; Martínez-Martín, 2008; Urrego-Mendoza, 2004).

En cuanto a Georgina Ballesteros de Gaitán, su grado como médica en 1950 le permitió transitar laboralmente entre el hogar, al cual se dedicaba hasta 1934 antes de cursar su bachillerato siendo ya esposa y madre, hacia un nuevo rol como fundadora y accionista de la Clínica Infantil Niño Jesús en 1951. También fue trabajadora del “Hospital de La Hortua” en calidad de interna del Instituto de Protección Materno Infantil. En el terreno político, Georgina llegó a convertirse en figura central en la gesta de las colombianas por el acceso al voto femenino, además de haber sido nombrada como Constituyente en 1952 (Velásquez et al., 1997).

Para Cecilia Cardinal, la elección de una especialidad clínica fue un paso decisivo en su posterior carrera ascendente en el ámbito de la medicina:

Me especialicé en Ginecología porque, antes de graduarme, me encontré con una cantidad de mujeres que tenían carcinoma de cuello o de seno y no habían sido tratadas (...) yo les preguntaba el por qué no habían consultado al médico y ellas contestaban que les daba pena que las examinara un hombre (...) Entonces, muy romántica, pensé que debía hacerme ginecóloga (...) estaba destinada a servirle a las mujeres de mi país (Cecilia Cardinal citada por Guerrero, 1996: 250).

Poco a poco, la Dra. Cardinal fue pasando del ejercicio clínico como ginecóloga, a la práctica de la salud pública desde la perspectiva de la Educación Sexual, de la cual fue pionera en el país. A mediados del siglo XX fue profesora del departamento de medicina preventiva, en la Escuela de Salud Pública de la Universidad Nacional de Colombia (Galvis, 1996; Plata, 2000; Urrego-Mendoza, 2004).

Graciela Hurtado de Mazariegos, quien fue amenazada junto con sus padres con la excomunión por haberse matriculado en un colegio de varones a cursar el bachillerato como paso previo a su ingreso a la Facultad de Medicina de la UN, llegó a ser la primera mujer médica de Valle del Cauca (Cohen, 2001). Estudió ginecología y obstetricia, y se convirtió además en la única mujer entre 25 asociados que fundaron la Cooperativa Médica del Valle y de Profesionales de Colombia (Cooperativa Médica del Valle y de Profesionales de Colombia, 2013). Inauguró así la participación de profesionales femeninas médicas en el marco del cooperativismo.

Y así, la historia de cada una de las primeras mujeres estudiantes de medicina terminó reflejando en el ámbito de lo microsocioal ese tránsito histórico llevado a cabo por mujeres durante el siglo XX entre el terreno de lo privado u hogareño, y el de lo público y profesional; con todos los impactos transformadores que estas habitualmente anónimas protagonistas de la historia han introducido a partir de su acción cotidiana, en el terreno de lo macrosocioal.

Epílogo: la larga gesta de las mujeres en la medicina dentro de la Universidad Nacional de Colombia

Cualquier historia humana es el reflejo de la sociedad en que surge, constituida por el entramado de relaciones entre hombres y mujeres que la construyen cotidianamente. El aporte de las primeras médicas a la historia de la medicina colombiana empieza entonces desde el momento mismo en que se las margina de ésta, desde el empeño de las mujeres por ingresar al bachillerato, a la universidad, a la carrera médica y a los terrenos propios de la salud pública, en los cuales los hombres se encuentran ya instalados.

Un recuento sobre tal aporte permite completar y matizar críticamente el panorama de una historia que tradicionalmente ha sido relatada con ojos masculinos. El tránsito de las primeras estudiantes de medicina por la Universidad Nacional de Colombia y su posterior inserción laboral dan cuenta no solamente de las tensiones sociales y políticas propias de su época, sino además de complejas negociaciones íntimas entre modelos tradicionales y nuevos modelos de feminidad, que finalmente originaron el perfil de las mujeres que conocimos a lo largo del relato.

En relación con lo anterior, las primeras médicas en general pudieron insertarse en el campo de lo público en salud a partir de perfiles profesionales que reproducían los estereotipos tradicionales de la acción social de la mujer, ligados con la maternidad, la educación y el cuidado de los niños. No obstante, a partir de allí lograron efectuar aportes novedosos y variaciones al papel originalmente asignado, consiguiendo importantes logros

emancipatorios que ampliaron las fronteras de acción en la sociedad para las posteriores generaciones de colombianas.

La historia del ingreso de las mujeres de este país a la educación superior en general, y a la carrera de medicina en particular, es una historia construida por el sujeto colectivo de las mujeres colombianas del siglo XX en relación con sus congéneres masculinos, dominantes en los espacios que ellas pretendían alcanzar. Cada una de las mujeres aquí mencionadas se constituyó en su momento en actora individual representativa de tal sujeto histórico colectivo, construida por y a la vez constructora del contexto en que se desarrolló esta gesta.

La historia de vida de estas jóvenes estudiantes de medicina convocadas a lo largo del texto, enfocada a partir de su desarrollo profesional contextualizado, recoge las principales características de la historia de las mujeres colombianas de la clase media urbana en su proceso de inserción al sistema educativo y laboral del país en las profesiones liberales tradicionalmente masculinas, entre principios y mediados del siglo XX, equiparando procesos similares ocurridos en el ámbito internacional (Duby & Perrot, 1993).

Además, la vida y obra de estas mujeres se constituye en una metáfora de los tránsitos efectuados por la mujer colombiana en el terreno de lo público, a partir de la década de 1920, persiguiendo el pleno reconocimiento de sus derechos humanos, sociales, civiles y políticos. Búsqueda que aún continúa, ya que una mayor apertura de la profesión médica para las mujeres en nuestro contexto, que aún continúa ampliándose, no ha sido suficiente para lograr

condiciones de equidad e igualdad con los varones, tanto en el marco de la academia como del contexto profesional en general.

Existen ya algunos importantes estudios al respecto efectuados en nuestra universidad y nuestra facultad de medicina (Cortés-Díaz, 2005; Quintero, 2016; Reyes-Riveros, 2012). Sea ésta una invitación para continuar ampliándolos, y construyendo en equipo una academia médica más equitativa y justa para todas las personas que la integran, como componente y base de una futura sociedad mejor.

BIBLIOGRAFÍA

Asociación de Profesores de la Universidad Nacional de Colombia. (2003). Gerda Westendorp Restrepo. Primera mujer colombiana en ingresar a la Universidad Nacional de Colombia. *Apuntes Universitarios*, 21, 5.

Cardinal, C. (1986). Mujer, Salud y Sexualidad. In C. Laverde-Toscano & H. Sánchez-Gómez (Eds.), *Voces Insurgentes*. Bogotá: Fundación Universidad Central. Servicio Colombiano de Comunicación Social.

Cohen, L. (1971). *Las Colombianas ante la renovación universitaria*. Bogotá: Tercer Mundo. Colección tribuna libre.

Cohen, L. (2001). *Colombianas en la vanguardia*. Medellín: Universidad de Antioquia.

- Cooperativa Médica del Valle y de Profesionales de Colombia. (2013). Tres mujeres líderes, tres mujeres cooperativistas. *Revista Coomeva*, Marzo 7(<http://revista.coomewa.com.co/tres-mujeres-li%CC%81deres-tres-mujeres-cooperativistas/> (Consultado: 9/07/2017)).
- Cortés-Díaz, D. (2005). *La in - soportable invisibilidad de las desigualdades. Análisis de la cultura organizacional de la Escuela de Educación Médica, Universidad Nacional, con perspectiva de género*. (Maestría en Estudios de Género), Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Cubides, F. (2010). *Camilo Torres : testimonios sobre su figura y su época*. Bogotá: La Carreta Editores - Universidad Nacional de Colombia.
- Duby, G., & Perrot, M. (Eds.) (1993). *Historia de las Mujeres. El Siglo XX*. Bogotá: Santillana.
- Erazo, L. (2016). La mujer en la medicina colombiana. *Medicina*, 38(1), 73 - 81.
- Faillace, G. (2013). *Violencia, memoria y género. Un acercamiento testimonial de la mujer colombiana, caso del exterminio contra la Unión Patriótica*. (Licenciatura en Etnoeducación y Desarrollo Comunitario), Universidad Pedagógica y Tecnológica de Pereira, Pereira.
- Galvis, S. (1996). "Mi Corazón Siempre ha Estado a la Izquierda". Entrevista a Cecilia Cardinal. *En otras palabras... "Mujeres, salud y sociedad"*, 1, 109 -118.
- Gómez-González, J., & Villavicencio-Sacoto, F. (2010). *Historia de la Salud de San Andrés, Providencia y Santa Catalina: Con motivo del V centenario del descubrimiento de Santa Catalina, Providencia y San Andrés, Noviembre 25-30 de 2010*. Isla de San Andrés: Universidad Nacional de Colombia Sede Caribe.

- González, Y. (1995). Movimiento de mujeres en los años 60 y 70. La diferencia hombre – mujer: del equilibrio al conflicto. In C. p. d. l. R. p. l. p. social (Ed.), “*Las Mujeres en la Historia de Colombia*”. Tomo I. *Mujer, Historia y Política*. Bogotá: Norma.
- Guerrero, P. (1996). Mujer y Sexualidad. Entrevista con la Médica Cecilia Cardinal de Martín. *Rev. Col. Psiquiatría*, XXV(4), 249-258.
- Martínez-Martín, A. (2008). Del masculino pasado al femenino futuro: mujer, historia y medicina. *Rev. Salud. hist. sanid.*, 3(1), 4-20.
- Martínez-Martín, A. (2016). Médicos de Boyacá que han escrito nuestra historia. El profesor Calixto Torres Umaña, padre de la pediatría en Colombia. Tunja, 1885- Bogotá, 1960. *Iatros*, 7, 95 - 102.
- Piñeres, D. (2002). La primera mujer universitaria en Colombia: Paulina Beregoff 1.920-1.970, La universidad de Cartagena su centro de docencia y formación. *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, 4, 1-24.
- Plata, M. I. (2000). Cecilia Cardinal: Pionera de la Educación Sexual en Colombia. *En otras palabras... "Defensoras de la salud de la mujer y de los derechos sexuales y reproductivos"*, Enero - Junio, 98 - 100.
- Pradilla, A. (2017, 03/05/2017). Gerda Westendorp, una señorita en la academia. *Revista Cromos*, Citado de: <http://cromos.elespectador.com/vida-social/gerda-westendorp-una-senorita-en-la-academia-25038> (Recuperado: 27/07/2017).
- Quintero, O. (2016). La creciente exclusión de las mujeres de la Universidad Nacional de Colombia. *Nomadas. Universidad Central*, 44, 123~145.
- Ramírez, H. (2004). Febrero 1 de 1935: Sin discriminación. *Semana*.

- Reyes-Riveros, M. (2012). *Experiencia durante la formación médica de las mujeres médicas residentes en la Universidad Nacional de Colombia. Perspectiva de Género.* (Especialista en Psiquiatría), Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Urrego-Mendoza, Z. (2004). Cecilia Cardinal y la Educación Sexual en Colombia. Semblanza de las primeras médicas en su ingreso al campo de la salud pública nacional. Ponencia Simposio Internacional Forjadores de la Salud pública. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Velásquez, M., Chaparro, G., Laverde, C., Arizabaleta, T., & Aguilera, A. (1997). *40 años del voto de la mujer en Colombia.* Cali: Feriva.
- Velásquez, M., & Reyes, C. (1995). Proceso histórico y derechos de las mujeres, años 50 y 60. In C. p. d. l. R. p. l. p. social (Ed.), *Las Mujeres en la Historia de Colombia. Tomo I. Mujer, Historia y Política.* Bogotá: Norma.